

mosa apología *Contra impugnantes religionem*, que redujo á menudo polvo las objeciones todas de Guillermo de Santo Amor. Por manera que al Angel de las Escuelas le costó un año de lucha recabar de la primera Universidad del mundo el grado de Licenciado, y dos años de iguales contiendas y una sentencia del Papa el conseguir el grado de Doctor. Continuó el Santo en París ocupando la cátedra hasta 1259, en que predicó la cuaresma, y salió despues para el Capítulo general que su orden celebró en Valenciennes. En este Capítulo se redactó el texto de *Studentibus* que se halla en las Constituciones de la Orden de Predicadores, para la direccion de los estudios en la misma Orden, debiéndose ese trabajo á Santo Tomás de Aquino, San Alberto Magno, Pedro de Tarentasia (despues Innocencio V), Bonohomine Briton y Florencio Gálico, eminentes doctores parisienses que vestían el hábito dominicano. Santo Tomás explicó en París seis años continuados, y durante ellos escribió la *Exposicion sobre los iv libros de las Sentencias*, las *Quæstiones de Veritate*, *Seis Quodlibetos*, y probablemente las Exposiciones sobre *Isaías* y *San Mateo*; de manera que á los 32 años de edad Santo Tomás de Aquino había enriquecido la ciencia con ocho obras importantísimas, y capaces por sí solas de hacerle inmortal en la memoria de los hombres.

Desde 1260 á 1265 siguió el Angélico Doctor la corte Pontificia, enseñando casi siempre en las ciudades donde residían los Papas, y escribiendo las siguientes obras: *Segunda Exposicion sobre los iv libros de las Sentencias* (se perdió); *Commentarii in Aristotelis physica, ethica et metaphysica*; *Summa philosophica contra gentiliū errores*; *Quæstiones de anima*; *Expositio libri Job*; *Officium Corporis Christi*; *Contra errores Græcorum tractatus*; *Catena aurea*; *Exposiciones sobre San Lucas, San Marcos y San Juan*; *Quæstiones de potentia Dei*; seis *Quodlibetos* más y otros *opúsculos*.

Muerto el Papa Urbano IV, grande apreciador del mérito de Santo Tomás, y habiéndole sucedido en el Pontificado Clemente IV (5 Febrero 1265), concibió el Angélico Doctor el pensamiento de la SUMA TEOLÓGICA, la más grandiosa obra que produjo la inteligencia humana, y que por primera vez aparece ahora vertida á la lengua española. Santo Tomás de Aquino, que comprendió desde un principio la necesidad, la importancia y la trascendencia de este trabajo colosal, se consagró á él con todo el vigor de sus fuerzas intelectuales—aunque sin dejar de ocuparse en otros opúsculos de circunstancias—y dió á luz en cuatro años los dos primeros volúmenes, que comprendían la *Primera Parte* y la *Prima Secundæ Partis*. Llamado de nuevo á París para asistir al Capítulo general de la Orden en 1269, volvió á ocupar la cá-

tedra de Teología en aquella Universidad, escribió las *Quæstiones de virtutibus*, interpretó públicamente el *Evangelio de San Juan* y las *Epístolas de San Pablo*, y terminó la *Segunda Parte de la SUMA*, que había comenzado en Italia. Sucedióle en la cátedra (1271) el virtuosísimo P. Romano de Roma, sobrino carnal del Papa Nicolas III, y volvió nuestro Santo á Italia, no sin grandísimo sentimiento de la Universidad, que había ya depuesto sus infundados celos contra los PP. de la Orden de Predicadores, é instaba vehementemente al Capítulo general celebrado en Florencia para que le devolviera á Santo Tomás. Prevaleció sin embargo la influencia de Cárlos I, rey de las Dos Sicilias, y nuestro Santo fue destinado á la cátedra de Nápoles (1272)—cuyo arzobispado había declinado humildemente—terminando en esta ciudad las 90 cuestiones primeras de la *Tercera Parte de la SUMA TEOLÓGICA*, que suspendió repentinamente el 6 de Diciembre de 1273, sin que se le pudiera jamás persuadir á que continuara escribiendo.

Llamado por el Papa Gregorio X para que asistiera al Concilio de Lyon, emprendió el viaje en el rigor del invierno (Enero de 1274), llevando consigo el tratado que había escrito por orden de Urbano IV contra los Griegos, para convencerlos de error y de cisma. Su salud estaba quebrantada, y un presentimiento firme, y confirmado ademas por la vision del dia de San Nicolas, le aseguraba del próximo fin de sus dias sobre la tierra; sin embargo obedece como siempre á la voz del supremo pastor de la grey cristiana. El P. Reginaldo de Piperno, compañero del Santo Doctor, salió con él para asistirle: sin esa solicitud fraternal y caritativa, el hijo de los condes de Aquino, siempre poco ó nada preocupado de sí mismo, se hubiera olvidado de atender á las más indispensables necesidades.

En el castillo de Magenza se detuvo algun tiempo para despedirse de su sobrina Francisca de Aquino, casada con el conde de Cecano. La enfermedad se agravó, ocasionándole una inapetencia general. Tanto la sobrina como los facultativos le rodearon de los cuidados más delicados, para hacerle tomar algun alimento; el Santo creyó librarse de tantas importunidades, diciendo que tomaría gustoso una especie de pescado, comun en Francia, pero que no se hallaba en el Mediterráneo; mas cuando se le presentaron, se abstuvo de tocarlo por espíritu de mortificacion. Mejorado algun tanto, continuó su viaje, á pesar de la certidumbre en que seguía de su fin próximo; y como á causa de la fatiga y cansancio del mismo se agravase la fiebre, se detuvo en Fosa-Nova, abadía cisterciense de la diócesis de Terracina.

Al entrar, fue ante todo y segun su costumbre á saludar al Santísimo Sa-

cramento, y con la frente pegada al polvo derramó su alma en la presencia de Aquel que pronto le llamaría á su reino. Pasado el claustro, pronunció las palabras del Salmista : *Este es mi descanso para siempre*. Se le alojó en la celda abacial, donde estuvo enfermo cerca de un mes. Los religiosos del Cister no pudieron extremar más las pruebas que le dieron de veneracion y de amor ; creíanse honrados con servirle, y con ir ellos mismos al bosque, cortar la leña y traerla sobre sus hombros para la habitacion de aquel huésped, en quien veían á un ángel vestido de carne humana, y cuya paciencia, humildad, recogimiento y fervor en la oracion los tenía como estupefactos y fuera de sí mismos.

A medida que el Santo veía aproximarse la hora de su muerte, se inflamaba en nuevos deséos de poseer á su Dios. Repetía constantemente las palabras de San Agustin : *¡ Dios mio ! no empezaré á vivir verdaderamente, sino cuando vacio de mí mismo, me llene de tí y de tu amor. Aun soy una carga para mí, porque no estoy lleno de tí*. Rogáronle los religiosos que les explicase el Cantar de los Cantares, como San Bernardo había hecho en circunstancias semejantes : — *Dadme*, respondió, *el espíritu de San Bernardo, y haré lo que me pedís*. — ¡ Qué frase en boca de un Santo Tomás de Aquino ! Verdad es que no ha cometido en toda su vida, y en medio de una ovacion continuada, un solo pecado venial de soberbia : así lo canta la Iglesia. El Santo Doctor accedió á las instancias de aquellos amantísimos religiosos, y desde el borde del sepulcro, cantó como cisne divino el epitalamio amoroso entre el alma y Dios, delineado en el famoso cántico del más sabio de los reyes.

Mas, si su alma corría abrasada en pos de los perfumes del esposo celestial, el cuerpo sufría el contragolpe de tan continuado éxtasis, y su debilidad se aumentaba visiblemente. Rogó pues que le dejaran solo para consagrar á Dios los pocos momentos que le quedaban, y entregarse á sentimientos de fe, actos de adoracion, de amor, de accion de gracias, de humildad y contricion. Hizo confesion general de toda su vida con el P. Reginaldo, derramando abundantísimas lágrimas, no porque fueran grandes sus pecados — pues los que conocían su conciencia estaban persuadidos de que conservaba la gracia bautismal — sino porque la grandeza del amor le presentaba las faltas más ligeras como infidelidades é ingratitudes de gran consideracion. Manifestó al confesor su reconocimiento hácia la divina bondad, que siempre le había prevenido con la gracia, y conducióle como por la mano, preservando su alma de las caidas que destruyen la caridad ; y que solamente por un efecto de la divina misericordia se hallaba libre de todos los pecados, en los cuales no había caído.

Recibida la absolucion con todos los sentimientos de un verdadero penitente, el Santo Doctor pidió el Viático, rogando además á los que rodeaban su lecho, que le pusieran sobre la ceniza, para recibir á Jesucristo con más respeto. Así se hizo ; y cuando el sacerdote le presentó la hostia consagrada, con lágrimas en los ojos y rebotando en devocion, exclamó : « Creo firmemente que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está en este » augusto Sacramento. Os adoro, Dios mio y Salvador mio ! Deséo recibirlos, » ¡ oh vos, que sois el precio de mi redencion y el viático de mi peregrinacion ! Por vuestro amor he estudiado, escrito, predicado y enseñado sobre » los misterios de la fe : espero que nada habré dicho contrario á la divina » palabra ; mas, si por ignorancia me hubiera sucedido, me retracto públicamente y someto todos mis escritos al juicio de la Santa Iglesia Romana ». Luego el Santo se recogió para formar algunos actos de religion, recibió la Santa Comunion, y permaneció sobre la ceniza hasta que hubo terminado la accion de gracias. Las fuerzas se debilitaban por momentos, y quiso recibir la Extrema-uncion con perfecto conocimiento y respondiendo él mismo á todas las oraciones de la Iglesia.

Así preparado para el último trance de la vida, se quedó tranquilo y gozando de una paz tan profunda, que se reflejaba en la serenidad de su semblante. Repetía de vez en cuando : « Pronto, pronto el Dios de todo con » suelo me colmará de sus misericordias y llenará todos mis deséos ; pronto » me saciaré en Él y beberé del torrente de sus delicias. Él me embriagará » de la abundancia de su casa, y me hará contemplar la verdadera luz en su » propia esencia, que es el manantial de vida ». Los circunstantes prorrumpieron en lágrimas y sollozos, al ver extinguirse sobre la tierra la llama esplendorosa del genio y del amor purísimo de Dios ; mas él les aseguró, para consolarlos, que esperaba gozoso la muerte, que era para él una ganancia. El P. Reginaldo, consagrado de alma y corazon al servicio del Doctor Angélico, manifestóle su pena, porque ya no le veía triunfar de los enemigos de la Iglesia en el concilio de Lyon, y ocupar luego un puesto en el cual pudiera prestar mayores servicios aún á la esposa de Jesucristo. — Siempre, respondió el Santo con su humildad ordinaria, he pedido á Dios, como un favor señaladísimo, morir simple religioso, y ahora le agradezco la bondad que ha tenido en oirme. Llamándome al descanso de la gloria en una edad poco avanzada, me concede una gracia que ha negado á muchos de sus siervos. No os entristezca la suerte de un hombre, que se halla penetrado de la más viva alegría.

Manifestó en seguida al abad y religiosos de Fosa-Nova su profundo reconocimiento por todos los actos de caridad que con él habían practicado, y como uno de los religiosos le preguntase, qué había de hacer para vivir en perpetua fidelidad á la gracia, — cualquiera, dijo, que ande siempre en la presencia de Dios y esté dispuesto á darle en todo tiempo cuenta de sus acciones, no perderá su amor consintiendo en el pecado, — fueron las últimas palabras del Santísimo entre los Doctores. Oró algunos momentos, y se durmió en el Señor, el 7 de Marzo de 1274, poco despues de media noche, á los 48 años de su edad.

Al mismo tiempo Alberto el Grande, que estaba en Colonia, deshaciase en lágrimas en presencia de todos sus hermanos. Dios le había revelado el tránsito dichoso de su hijo en Jesucristo, como le llamaba el santo anciano y amantísimo maestro, que en los primeros albores del astro de Aquino le había visto proféticamente en el zenit de su inextinguible gloria. El rumor de la muerte del Santo se divulgó rápidamente: de todas partes acudieron en tropel á sus honras, que Dios señaló con admirables prodigios; y las Universidades y el Concilio de Lyon y el mundo entero lloró la muerte del gran Doctor, como si el sol de la ciencia se hubiera extinguido para siempre en el oscuro valle del destierro: y habíase extinguido ciertamente, mas para brillar sin eclipse en los horizontes de la eternidad, y proyectarnos sus fulgores desde las resplandecientes colinas de la patria (1).

Así tejida á largos rasgos la serie de los años de SANTO TOMÁS DE AQUINO, vamos á ocuparnos en la SUMA TEOLÓGICA, que dejó sin acabar, pero que fue completada segun el plan del mismo Santo Doctor, sin necesidad de escribir una sola palabra, y solo con tomar de su exposicion al libro IV de las Sentencias las 99 cuestiones que faltaban y añadirlas á la SUMA en forma de *Suplemento*.

III.

La SUMA TEOLÓGICA del Doctor Angélico abraza 611 cuestiones y 3.112 artículos en la forma que representa el siguiente

(1) Los restos mortales de Sto. Tomás de Aquino fueron trasladados á Tolosa de Francia por orden de Urbano V. Venéranse hoy en la basílica de S. Sernin, donde hemos tenido el consuelo de celebrar el sacrificio de la Misa el 27 de Marzo de 1877. En el Real Colegio de Dominicos de Ocaña, plantel fecundo de misioneros y de mártires, se conserva un omóplato del Santo Doctor engastado en plata de tosca labor, y encerrado en un hermosísimo relicario de estilo ojival. Tiene auténtica y se expone á la pública veneracion.

SCHEMA.

Partes.	Cuestiones.	Artículos.
Primera parte (1. p.).....	119	584
Primera de la segunda (1. 2 ^a).....	114	619
Segunda de la segunda (2. 2 ^a).....	189	917
Tercera parte (3. p.).....	90	549
Suplemento (Sup.).....	99	443
	<hr/> 611	<hr/> 3.112

Tras una luminosa y profunda Introduccion acerca de la necesidad, condiciones, objeto y eminencia de la Sagrada Teología (C. 1), el Angélico Doctor entra de lleno en el océano de esa ciencia nobilísima, anteponiéndole una division tan sencilla como sublime. «Siendo, dice, el objeto de esta ciencia el conocimiento de Dios en sí mismo, y en cuanto que es principio y fin de las cosas, trataremos: 1.º de Dios (*Primera parte*); 2.º del movimiento de la criatura racional hácia Dios (*Segunda parte*), y 3.º de Cristo, que en cuanto hombre es el camino por el cual hemos de llegar á Dios (*Tercera parte*). Solo á Santo Tomás ha sido dado formular una síntesis tan completa y tan precisa de un objeto tan vasto; como solo él pudo encerrar en los estrechos límites de una SUMA, mediante el método escolástico elevado á la más pura expresion, toda la doctrina cristiana, es decir, toda la Sagrada Escritura, todos los Concilios, todos los Santos Padres, todos los doctores y escritores eclesiásticos, y cuantas verdades vagaban dispersas en los escritos de los gentiles, especialmente en los de Platon y Aristóteles. Porque no hay que olvidarlo: Aristóteles hizo lo que Alejandro, su discípulo. Conquistó este el imperio de los pueblos; conquistó aquel y organizó el imperio de las ciencias. A los conocimientos de todos los siglos añadió el Estagirita un inmenso caudal de descubrimientos propios, é hizo de seguida lo que vanamente se buscaría en la India ó en la China: clasificar ordenadamente todos aquellos conocimientos, distribuirlos en provincias, en partidos, en municipios, señalando á cada ciencia, y á veces á cada palabra, sus límites naturales. Y entre Platon y Aristóteles, entre la Academia y el Liceo, apénas hay, como observa Ciceron, más que diferencias de forma: *rebus congruentibus, nominibus differebant*, estableciendo uno y otro la trilogía de los humanos conocimientos: *una pars est natura; disserendi altera; vivendi tertia*: la cosmología, la lógica y la moral; la naturaleza, la verdad y el bien. Por eso

esos dos genios de la antigüedad serán los eternos polos de los conocimientos naturales, y por eso el Ángel de las Escuelas acometió y llevó á feliz término la árdua empresa de conciliar la filosofía pagana, y especialmente la de Aristóteles y Platon, con la doctrina católica, engastando en la SUMA TEOLÓGICA cuantas verdades encerraba aquella, irradiándolas con la purísima luz de la revelacion y haciéndolas servir á la causa de la fe.

¿Y en qué consiste, se nos preguntará, ese tan decantado método escolástico? — En dar una idea clara y precisa de lo que se enseña; sentando para el efecto principios ciertos; deduciendo de ellos las conclusiones que entrañan; empleando solo términos precisos y previamente definidos; evitando digresiones inútiles, ideas vagas y palabras de doble sentido; y ordenando de tal manera los procedimientos racionales y la materia sobre que versan, que mutuamente se apoyen y mutuamente se esclarezcan. No otro es el método de Santo Tomás de Aquino.

Aparte del enlace de toda la SUMA, que hemos apuntado más arriba, y de la deducción tan natural como sencilla con que establece los grandes tratados de cada parte y las cuestiones de cada tratado, semejándose el conjunto de tan admirable doctrina á un frondoso árbol, cuyo tronco se trifurca; y cuyas ramas principales se subdividen aún en tratados, cuestiones y artículos, recibiendo todas las conclusiones la fuerza y la vida de la armonía y del enlace del conjunto, como las hojas reciben la savia del tronco que las sustenta; aparte de esta belleza del conjunto y de este vigor de raciocinio que todo lo ilumina, y que es la prueba más palpable de la clarísima inteligencia de Santo Tomás de Aquino y del dominio absoluto que ejercía sobre las materias que trataba, debemos aún fijarnos, como punto de descanso, en el mecanismo de cada artículo.

Comienza este planteando la cuestion y poniendo á continuacion las dificultades que al parecer militan contra la verdad que se investiga; sigue la exposicion de esta verdad, las pruebas sobre las cuales descansa y la conclusion que se deduce de aquellas pruebas, cerrando el artículo con la respuesta á las dificultades propuestas al principio. De manera que las razones en pro y en contra están en la SUMA TEOLÓGICA como dos ejércitos enemigos en campaña, cuyas armas desnudas y afiladas no tienen otro adorno que su fuerza. El procedimiento es ora sintético y ora analítico, y la precision geométrica en uno y otro caso.

Enumeraremos rápidamente algunas de las tres mil ciento doce conclusiones que encierra este libro incomparable.

PRIMERA PARTE.

Divídela el Santo Doctor en tres grandes tratados: 1.º *de essentia divina*; 2.º *de distinctione personarum*; 3.º *de processu creaturarum ab ipso Deo*; ó lo que es igual: de Dios uno, de Dios trino, y del mundo espiritual y corporal, invisible y visible.

El tratado de *Dios uno* abraza las grandes cuestiones de la existencia de Dios, de su simplicidad, de sus perfecciones y de la manera como puede ser visto y poseído por la criatura. La ciencia divina, admirablemente tratada, se resume en estas profundas palabras: « Conociendo Dios todo lo que la criatura puede hacer, ó pensar, ó decir, y tambien todo lo que Él mismo puede hacer, aún lo que no es en acto; bien se puede decir que tiene ciencia aún de las cosas que no son, ó de los no entes. — Pero en las cosas que no son en acto debe notarse cierta diversidad. Unas, aunque no son actualmente ahora, han sido ó serán: estas se dice que Dios las conoce con *ciencia de vision*; porque como su inteligencia, que es su propio ser, tiene por medida la eternidad, que, existiendo sin sucesion, comprende todo el tiempo, la mirada presente de Dios abarca el tiempo todo, y todas las cosas existentes en cualquier tiempo, como sometidas á ella presencialmente. — Otras cosas existen en potencia de Dios ó de la criatura; las cuales, sin embargo, ni existen realmente, ni existirán; y respecto de estas no se dice que Dios tiene ciencia de vision, sino de *pura inteligencia*. Nos servimos de esta locucion, porque las cosas que se ven tienen en nosotros distinto ser del que tienen fuera del que las ve (1). Por manera, que para el Angélico Doctor la division de la ciencia de Dios en ciencia de *vision* y de *pura inteligencia* es adecuada, está basada en un fenómeno psicológico, y no admite medio alguno.

Enlazada con esta luminosa teoría de la ciencia de Dios está la predestinacion á la gracia y á la gloria, que tomada en conjunto es eterna y efecto solo de la bondad divina, sin que sea posible distinguir en ella lo que es efecto del libre albedrío y de la misma predestinacion, como no se puede distinguir lo que es efecto de la causa segunda y de la causa primera. Santo Tomás, apoyándose en la sentencia del Apóstol: *No somos capaces de pensar alguna cosa por nosotros mismos, como de nosotros mismos* (2), dice que no

(1) C. 14, a. 9.

(2) 2.º á los Corint. III, 5.